

JUAN OCHOA

I

El 27 del próximo pasado mes de abril falleció en Oviedo Juan Ochoa, uno de los literatos de la nueva generación que más gloria prometía para el arte patrio. Nacido en Avilés, el 4 de noviembre de 1864, ha muerto muy joven, sin dar más que ligeras muestras de lo que su poderoso talento y su exquisito gusto artístico eran capaces de hacer en el terreno literario. Toda su producción conocida reduce a tres novelitas y varios cuentos y artículos publicados en periódicos de Oviedo, Santander, Madrid y Barcelona; pero esto le ha bastado para adquirir un nombre y para que los lectores españoles hayan reconocido en él—demostrando así una perspicacia que no es de todos los días—uno de los más geniales representantes de las nuevas generaciones.

Este rápido triunfo por Ochoa logrado, fundase en las mismas cualidades que lo distinguen

como artista: la originalidad en la visión de las cosas (y especialmente de los hombres) y el sentimiento delicado, la íntima y dulce poesía con que suavizaba su tendencia natural á la sátira, mejor dicho, á notar y realzar el lado cómico ó ridículo de la vida.

Procedía la primera cualidad de otras más íntimas en el espíritu de Ochoa: el enorme poder plástico de su imaginación, verdadera imaginación de pintor y dibujante, que le hacía retener con extraordinaria fidelidad la figura humana, precisamente en lo más característico y original de ella, despreciando todo lo común y vulgar; y cierta innata finura y distinción del gusto, abonada con los años por una cultura extensa en materias de arte, de filosofía y de historia. Había que oírle contar, en conversación con los amigos, sus recuerdos de estudiante, sus campañas de periodista joven, ó las aventuras, genialidades, dichos y hechos de alguno de esos tipos extravagantes y curiosos que hay en todas las poblaciones, pero cuya nota artística pasa siempre inadvertida para el vulgo. Así como Galdós *se sabe* su Madrid como nadie, Ochoa se sabía su Oviedo y su Avilés; y lo mismo que el gran novelista de los *Episodios*, tenía el arte especial—signo de personalidad privilegiada para la novela—de hallar en medio de la masa amorfa las figuras de verdadero carácter y relieve, particularmente en aquel orden de la psicología humana que toca á las flaquezas, ridiculeces, vanidades, miserias y locuras pacíficas, tan abundantes en la vida. Los que atentos principalmente á lo literario estu-

dian la obra de Galdós, saben todo lo que en ella significan personajes como Estupiñá, el tío Pito, Torquemada, Miquis, etc., aun comparados con aquellos otros de alta representación dramática, como Viera, Augusta, Gloria, León Roch... Pues Ochoa se parecía á Galdós en esto; y su clown Felipete, su Ambrosio Reboleño, su zapatero Espinaca, el mismo Cancienes de *Un alma de Dios*, pertenecen á la galería de esos humildes y cuitados que no hallan casi nunca más que en el arte toda la misericordia, toda la humana simpatía de que están necesitados.

Y si en esta facultad de *ver* los tipos *originales* y de retratarlos con una energía de líneas y de claro-oscuro que sólo alcanzan los escritores de raza, asemejábase Ochoa á Galdós, en la especialidad del género que prefería, en la fuerza irónica de sus retratos y en la vivacidad y gracia con que se apoderaba del aspecto cómico de las gentes, demostró su origen asturiano y su entronque con los dos novelistas (Alas y Palacio Valdés) que mejor reflejan ese *humour* característico del pueblo astur, parecido al del pueblo valenciano. El buen humor, la alegría sana que con esto respiran las obras de Ochoa, sin mezcla ninguna de acritud ni dureza, hacen su lectura fácil y atractiva como pocas.

No se crea por esto que Ochoa es lo que vulgarmente se llama un «escritor cómico», cerrado á todos los aspectos dramáticos de la vida. Por el contrario, su exquisita sensibilidad le llevaba á ver lo triste y desgraciado junto á

lo ridículo; y á veces, como en la epopeya hambrienta de Felipete ó en el amargo desengaño de Cancienes, llega Ochoa á descubrir esa parte sublime que tiene á menudo lo vulgar y que no siempre se expresa en resoluciones violentas y heroicas. Ochoa, en efecto, siente así el drama, no con la violencia trágica y descompasada del romanticismo, ni con la profunda gravedad del psicologismo moderno que analiza y descubre el juego complejo y triste del alma humana, sino con serenidad y dulzura especiales, con una piadosa compasión, con amargura honda que revela cierta íntima conformidad ante lo inevitable de la vida, mezclada á una dolorosa protesta de los sentimientos de humanidad y justicia heridos, pero que, en vez de sublevarse, lloran por dentro calladamente, mientras por fuera parecen sonreír, entregándose á la fatalidad de las luchas sociales. La más hermosa representación de esta *filosofía* está en aquella simpática niña de *Los señores de Hermida*, á quien bien le cuadraría, mejor que ninguno, el nombre de *Alicortada* que primitivamente le puso Ochoa. El sentimentalismo sin lucha de los débiles, que apunta en no pocos pasajes de aquella y otras obras, nunca llega á la exageración lacrimosa tantas veces criticada en la literatura romántica, y está contrarrestado á cada momento por el sentido crítico y burlón á que antes hacíamos referencia.

La originalidad de Ochoa reposaba en otra condición, también propia de los verdaderos artistas: su modelo era la realidad, jamás lo buscó en los libros. Hasta qué punto sea esto

cierto, sólo pueden notarlo los que vivían con él en amistad estrecha y comunicación continua. Sus obras están sembradas de recuerdos personales, no en los *argumentos* (que son siempre *objetivos*, nunca autobiográficos), sino en los hechos, en las figuras, en los caracteres, en las cosas mismas que sirven de escenario y decoración, y que él tomaba de sus observaciones, de su experiencia, del mundo que le rodeaba, asociándolas con íntimo cariño á sus imágenes de poeta, aun en el caso de sujetarlas á la crítica de su musa burlona. Jamás inventó, jamás creó *de memoria* nuestro novelista; era de los pocos á quienes no cabe aplicar aquella censura que Richter lanzaba contra los imitadores de imitaciones, pálidos espectros de luces reflejadas.

Otra manifestación de la exquisita sensibilidad, del corazón bueno y cariñoso de Ochoa, son sus figuras de niño. El amor á la niñez es una de las mayores pruebas de bondad... y de poesía que puede dar un hombre. Ochoa sentía á tal punto, que en sus tres novelas hay niños deliciosamente pintados, como los pintaría un padre que fuese artista. Y el niño en estas obras (especialmente en *Su amado discípulo* y en *Un alma de Dios*) no es mero personaje secundario; llega un momento en que dirige y gobierna, y la sumisión de los mayores, que se doblegan ante él y acatan sus deseos ó sus mandatos, como reconociéndoles oculta razón ó derecho preferente, revela un modo de concebir la infancia que abre de par en par la simpatía de los espíritus nobles.

II

Cuando en el otoño de 1892 se trasladó Ochoa á Madrid, era un desconocido para todos, menos para algunos amigos ovetenses que en las campañas periodísticas del joven escritor, y más aún en sus conversaciones ingeniosas, traslucían ó hallaban ya pruebas seguras de lo que había de ser con el tiempo.

A mi lado en la redacción de *La Justicia*, cuya sección literaria tuve particular empeño en cuidar, se reveló Ochoa con prontitud y vigor inusitados. Desde los primeros artículos vimos todos que aquel no era un principiante, sino un escritor hecho y derecho; y sus finas sátiras políticas, sus perspicaces críticas sociales ó de literatura, lo que él llamaba con título común *Parola*, encerraban siempre algo original, fresco, nuevo, que extrañaba y seducía juntamente. Entreverados con las *Parolas*, publicó algunos cuentos que tenían ya todas las cualidades desarrolladas poco después en las novelas. Uno de ellos, *Historia de un cojo*, dedicado á cantar la decadencia y abandono miserable de cierto gato, humilde y utilísimo servidor de la paz doméstica en sus buenos tiempos, es de lo más original y delicado en este difícil género. Los lectores de fino gusto, para quienes no pasa inadvertido nada de lo que vale, leían con afán los escritos de Ochoa, y me preguntaban á cada paso, en el Ateneo, en el Congreso, por el autor... El mismo Menéndez y Pelayo, que elogia pocas

veces, me habló de los cuentos de Juan, que le interesaban mucho.

En 1893 escribió su primera novela (que no se publicó hasta 1894) en un volumen donde Ochoa y yo, y el común amigo Tomás Carretero, enlazamos nuestras firmas de principiantes. Para mi gusto, *Su amado discípulo* es de lo mejor de Ochoa, superior quizá á las dos novelas siguientes en originalidad, en gracia, en frescura. Así la juzgaron algunos críticos, no sólo de España sino del extranjero, donde la *Revue Hispanique* dijo del malogrado autor alabanzas que muchos escritores *viejos* no han escuchado todavía ni escucharán nunca.

Años después (1896) se imprimió en *La España Moderna* la novela *Los señores de Hermida*. En 1897 *El Imparcial* publicaba un cuento de Ochoa, *El vino de la boda*. Muchos otros, mezclados con artículos, vieron la luz en *Barcelona Cómica* y en *Madrid Cómico*; y por fin, en 1898, el editor Gili acertó á dar en uno de los volúmenes de esta *Colección elzevir*, la obra de Ochoa que más resonancia ha logrado, y que en estos momentos se está traduciendo al francés: *Un alma de Dios*. El franco aplauso con que Pereda saludó este libro, dice más que todas las razones *críticas* que aquí pudieran amontonarse. Y Ochoa no se dormía sobre los laureles. La muerte le ha sorprendido trabajando. En su pupitre van apareciendo cuartillas que demuestran la riqueza de su inspiración. Por desgracia, muy poco hay completo. Varias novelas comenzadas (*Los amores de Florita* y otras sin título), hacen deplorar más y más la prematura desaparición del autor.

III

Hay un aspecto de las facultades literarias de Ochoa apenas conocido, pero que ya *Clarín* hizo notar cuando, hará un año, habló en *El Imparcial* del que era entrañable amigo suyo. Me refiero á las condiciones de crítico que Juan tenía. En *El Liberal Asturiano* y otros periódicos de Oviedo y en *El Atlántico* de Santander, dió algunas muestras de su depurado gusto, de su honrada franqueza y de su *personalidad* en la apreciación de los méritos y cualidades de poetas y novelistas. Firmaba los artículos generalmente con el pseudónimo de *Miquis*. Durante su época madrileña (1892-93) escribió sólo de este género algunas críticas de teatros y dos ó tres estudios sobre Zorrilla, Palacio Valdés, etcétera. En los últimos años creo que sólo publicó dos estudios sobre los poetas bables Teodoro Cuesta y Juan María Acebal (en la *Revista crítica*), otro sobre Sánchez Calvo (en la misma *Revista*) y unas notas acerca de Campoamor. Entre sus papeles han aparecido numerosas cuartillas y apuntes sueltos dedicados á Víctor Hugo, Zorrilla, Pereda, Alas y duque de Rivas; mas, por desgracia, ninguno de estos fragmentos está suficientemente desarrollado para que se pueda publicar. Daremos tan sólo en el presente volumen, como muestra del pensamiento crítico de Ochoa, algunos estudios de los impresos en revistas y diarios de Madrid y provincias, prescindiendo de otros que, no obstante

reunir esta condición, por ser meros apuntes de circunstancias ó simples bibliografías de poco desarrollo, han perdido gran parte del interés que en su día les hizo recomendables. Por igual razón se ha tenido que suprimir casi todas las crónicas, sembradas de alusiones de palpitante actualidad que hoy ya no lo es; así como muchos artículos de sátira política, que no conforman bien con el carácter de esta colección.

Volviendo á la crítica literaria, debemos lamentar que Ochoa no llegara á dar desarrollo ó á poner en limpio algunas de las notas que reunió. Las referentes á Víctor Hugo, muy numerosas, son casi por completo ilegibles. Las de Zorrilla, aun más importantes, se reducen á meras indicaciones, habiendo aprovechado el autor las más explícitas para un artículo que se publicó en el número de 23 de enero de 1893 del periódico *La Justicia*, y que no se reproduce aquí por representar una parte mínima—y no la más sustanciosa—del pensamiento del autor sobre el gran poeta romántico. Todavía es más de lamentar el estado fragmentario y sumarsimo de los apuntes relativos á Campoamor. Los dos artículos que en este volumen se publican, contienen sólo observaciones generales sobre la personalidad literaria del autor de las *Doloras*. En los apuntes inéditos, y que no se pueden aprovechar en esta ocasión, entra Ochoa en estudios parciales acerca de Campoamor como poeta épico, de su relación con los pesimistas, de su descreimiento, de su concepto del amor y de la mujer, etc.; pudiendo apreciarse, al través de lo abreviado de las notas, que Ochoa llega en

estos tres últimos puntos á una conclusión análoga á la que defiende, con indudable razón, respecto de Leopardi, uno de sus más recientes críticos, Reforgiato. No es que Ochoa crea idénticos los puntos de vista de Leopardi y de Campoamor, antes bien los distingue con gran perspicacia y claridad; pero como se han exagerado igualmente el pesimismo y descreimiento de ambos, Ochoa vuelve por los fueros de la verdad, y encuentra que, como el poeta italiano, el poeta astur cree, aquí en la tierra, en la mujer y en el amor, además de creer en un Dios que está sobre lo humano.

* * *

Más arriba dijimos que Ochoa ha dejado sin terminar varias novelas. En igual caso se hallan muchos artículos y cuentos. Naturalmente, ninguno de estos trabajos cabe aprovechar para esta colección. Hemos exceptuado, sin embargo, un fragmento que lleva por título *El señor de Bergamota*, en que, no obstante la brevedad, queda trazado de manera vigorosa un carácter muy común en tierra asturiana.

De los cuentos propiamente dichos que Ochoa dejó terminados, sólo se han excluido de esta colección algunos que, por ser de los primeramente escritos por nuestro amigo, desdejarían de la perfección alcanzada luego; y el titulado *Los días del padre Mirandón*, que no cuadra bien en este sitio.

* * *

¿Qué literato no ha escrito versos alguna vez? Ochoa los escribió, aunque pocos, y no llegó á publicar ninguno. Son, en su mayoría, cantares. De ellos damos muestra escogida al final de este tomo, para que figuren en él todas las manifestaciones artísticas del talento de Ochoa. Sin duda, los cantares son inferiores á las novelas y los cuentos; algunos, pecan por imperfección en la forma; pero no se negará, á los más, una gran fuerza de sentimiento que los convierte en fiel expresión del alma hermosa de Ochoa.

Por caso raro, apunta en ellos un rasgo de escepticismo, ó más bien de queja amarga por las falsedades de la vida, que, como siempre ocurre en las expansiones líricas, aparecen agravadas con exceso. Dice el poeta:

El día que muera yo
todos llorarán de pena;
todos como la campana,
es decir, todos de lengua.

¡Qué consolador es ver cómo en esto se engañó Ochoa completamente! Porque un movimiento tan general y tan espontáneo de duelo por su muerte prematura y de estimación por su obra literaria como el que ha revelado la prensa, rara vez se produce tratándose de un escritor que, ni cultivaba las amistades reproductivas de los gacetilleros constructores de famas, ni pertenecía á ninguna escuela, pandilla ó círculo rotulado del arte, ni bullía en el río revuelto de las ambiciones sociales ó políticas, forzadoras de reputaciones ó creadoras de lazos

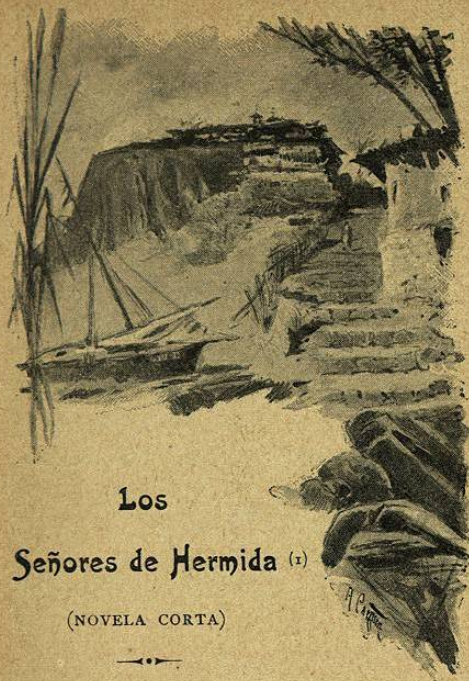
personales que luego sirven para engañar, con voz de estómago agradecido ó de solidaridad interesada, al pasivo rebaño que acepta juicios hechos y los consagra con su murmullo de comparsa anónima.

La formación de este volumen débese á las iniciativas concurrentes del editor señor Gili y de algunos amigos de Ochoa. La proposición de éstos se cruzó en el camino con la que *motu proprio* hacía don Gustavo Gili, uno de los más apasionados admiradores del malogrado escritor. En nombre de la familia de éste y de sus íntimos (entre los cuales me contaba), hago aquí público el reconocimiento á que se ha hecho acreedor el propietario de la *Colección elzevir ilustrada*, por su espontáneo tributo á la gloria de Ochoa.

A mí me cupo la tarea de revisar todos los papeles del amigo querido, y ordenar los que pudiesen ser publicados: tarea grata y triste á la vez, en que las sombras del corazón dolorido se iluminaban á menudo con las chispas de luz del talento simpático y admirable de Juan Ochoa.

RAFAEL ALTAMIRA

Agosto, 1899.



Los Señores de Hermida ⁽¹⁾

(NOVELA CORTA)

A mi querido amigo Román Arango

I

En un insignificante cabo de la costa cantábrica que sostiene encarnizada lucha con las olas, está situada una aldea de pescadores llamada Rocamar.

(1) Las palabras, locuciones y giros anticuados que tal vez le extrañen al lector en esta narración, no los achaque á prurito ó afán mío de exhumar palabras, alardeando de arcaico. Escribir hoy el lenguaje de nuestros tatarabuelos,